



selección
films de amor

escándalos romanos

eddie
cantor

50
cts

S
D
B
R
T
A

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

NUEVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Valencia, 234-Apartado 797-Tel. 70667-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Sdad. Gral. Española de Librería, Barbudá, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 33

Escándalos romanos

Jamás el humorismo americano se
mostró tan espléndido como en
esta producción, en la que se ha
sabido reunir, lo bufo con lo serio
y el lujo con el buen gusto.

Creación insuperable del actor

EDDIE CANTOR

Narración literaria de
M. Nieto Galán

EXCLUSIVAS



**ARTISTAS
ASOCIADOS**

Rbla. Cataluña, 62-Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

Eddie. EDDIE CANTOR
Princesa Silvia Rutg Etting
Agripina Gloria Stuart

Argumento original de

George S. Kaufman
y
Robert E. Sherwood

Canciones de

Harry Warren
y
Al Dubin

**PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN**

Dirigida por

Frank Tuttle

Dirección musical de

Richard Day

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70637 - Barcelona

ESCÁNDALOS ROMANOS

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

Un museo de arte romano en América.

En la ciudad de Nueva Roma, de los Estados Unidos, como en otras ciudades del mundo, existía su cacique, hombre que se dedicaba a toda clase de negocios, con la ayuda de las autoridades, a las que sabía sobornar espléndidamente. Mas el tal cacique se las valía de tal forma que todos aquellos espléndidos negocios que hacía en vez de aparecer él como beneficiado lo hacían pasar por un ciudadano que se sacrificaba por el bien de la ciudad empleando su fortuna en obras benéficas y culturales.

Se llamaba Warren F. Cooper y era el presidente de la Cámara de Comercio de Nueva Roma, presidente de un banco de su mismo nombre, presidente del Museo de Nueva Roma que el mismo había creado, y en cuya puerta aparecía la siguiente inscripción:

*Deteneos y reposad en el ce-
menterio de la Nueva Roma*

Una mañana el alcalde de Nueva Roma, acompañaba a varios señores, que formaban una comisión de estudios y como es natural, lo primero que se le ocurrió enseñarles fué aquel museo romano, donde existían casi todas las figuras que reinaron en el extinguido imperio de los Césares.

En la misma puerta del Museo el alcalde presentó a Warren diciendo a los visitantes

—Como alcalde de Nueva Roma os presento a nuestro primer conciudadano Warren F. Cooper.

Todos saludaron al rico ciudadano y éste muy ufano les dijo:

—Yo conozco todo el valor que encierra la historia de Roma y por eso he hecho donación de este templo del arte.

Entraron al interior del edificio y Warren, dándoselas de orador, empezó diciendo:

—Ciudadanos de la Roma americana, debéis inspiraros en el ejemplo de la Roma antigua.

Siguieron caminando y al llegar frente a una estatua y sin que Warren viera lo que había en ella, volvió a decir:

—En esta sala consagrada a la conquista de Bretaña tenemos...

Se volvió a mirar la estatua y vió que en una mano tenía un zapato viejo y en una pierna que tenía levantada, otro zapato también. Quedó parado ante aquel encuentro que venía a ser como una especie de profanación y le dijo al encargado del museo:

—Ya arreglaremos esto luego.

Se acercaron a donde estaba la estatua de la emperatriz Agripina y siguió su explicación diciéndoles:

—Aquí está en posición de dormir, la emperatriz Agripina.

Un ronquido llamó la atención de todos los visitantes y se encontraron con que la estatua de Agripina estaba ocupada por un muchacho de unos veinte años, a quien Warren despertó violentamente diciéndole:

—¡Esto no es un dormitorio!

El muchacho que se hallaba en paños menores, sin preocuparse de las señoras, que había exclamó de malhumor:

—Es verdad... Aquí no se puede dormir con tanto ruido.

—¿Cómo estás aquí? — le preguntó Warren iracundo.

El muchacho, sin dar importancia a su presencia en el museo le contestó:

—No sabía dónde dormir y yo, la verdad...

Warren se quedó mirando agresivo al encargado del museo y el muchacho, intentó justificarlo, diciéndole:

—Perdónele usted, es que, sin duda, se olvidó de despertarme.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido transformar en cama la estatua de Agripina?

—Como ella estaba acostada y yo no duermo nunca en pie...

—Este hombre está loco—exclamó fuera de sí Warren—. ¡A ver la policía!

El alcalde intentó defender al muchacho y le dijo:

—No le arreste... es Eddie.

—¡Ah...! ¿Eddie? — exclamó Warren—. Ya he oído hablar de él... Es el célebre vagabundo. Pues en esta ciudad nadie tiene derecho a vagar.

—No, si ya no es vagabundo... Ahora trabaja... Es repartidor de tienda.

En efecto, Eddie era ya un repartidor de tienda y aunque su ocupación no le daba ni para comer, había dejado su empleo de vagabundo. Era un muchacho enclenque, de poca apariencia física y en su rostro, casi sin expresión, sólo se advertían unos ojos enormes que miraban burlonamente a todos.

Warren ante aquellas miradas que le dirigía le preguntó curiosamente:

—¿Cómo tiene unos ojos tan grandes?

Eddie se encogió de hombros y sin encontrar una respuesta conveniente a la pregunta de Warren le contestó:

—Debe ser porque mi madre buscaba siempre a mi padre antes de que yo naciera.

—¿Y la encontró?

—Lo primero era necesario haber encontrado a mi madre —respondió en el colmo de la frescura, Eddie.

Warren quiso dar por terminada aquella especie de interviú y le dijo, finalmente:

—Bueno, le perdonamos por esta vez. Vístase y márchese inmediatamente.

Eddie se escondió tras una estatua y empezó a vestirse, mientras que Warren alardeando de sus conocimientos de la historia romana, siguió diciendo a los visitantes:

—Aquí está la estatua del emperador Polonio.

—Valerio —exclamó Eddie, viendo que se equivocaba Warren.

Este, que no podía admitir que nadie le corrigiera, exclamó:

—¡POLONIO!... No admito interrupciones.

—Bueno, será como usted quiera, pero esa estatua es de Valerio. Agripina, con la que yo dormía, es su mujer.

Warren desesperado, le amenazó diciéndole:

—¡Una palabra más y lo hago encerrar!

Siguió sus explicaciones y al llegar frente a otra estatua dijo:

—Aquí tenemos a la emperatriz Silivia, de Galia, que hizo prisionero a Valerio, con quien se casó luego.

—Se equivoca usted — le interrumpió Eddie, que demostraba estar fuerte en cuestión de historia —. Silivia no era emperatriz, sino princesa. Además, era de Bretaña y no de Galia. Fué hecha prisionera por Valerio y casó después con Josephus... Y usted se llama Cooper y yo Eddie y ahora... que traigan el coche de la policía...

Pero en vez de detenerlo, lo que le obligaron fué a salir del museo para que los dejase en paz y tranquilos.

Eddie cuando se vió en la calle, se fué directamente a la tienda de comestibles, donde prestaba sus servicios, como repartidor y el dueño al verlo, le dijo de malhumor.

—Me alegro de que hayas venido en este momento.

—Yo siempre soy muy oportuno — le respondió Eddie —. ¿Qué desea?

—Pues decirte que si quieres continuar se acabaron las entregas gratuitas.

Eddie miró extrañado al dueño del establecimiento y le dijo:

—Pero usted se cobra de mi paga.

—Y por eso tú no cobras nunca nada — le respondió el comerciante —. La semana pasada nos hiciste perder 14 dólares, doce dólares más que tu sueldo.

—Eso tiene un arreglo — le dijo Eddie —, auménteme el salario y así no perderá.

Y mientras que discutía con el dueño, los visitantes del museo habían salido ya de él y Warren y el alcalde se dirigían en auto hacia el Ayuntamiento. Al pasar por un barrio de miserables viviendas, Warren, que le había echado la vista a aquellos terrenos, linderos con otros suyos, le dijo:

—Todo eso debe ser derruido.

El pensamiento de Warren era el edificar casas a plazos y que aquella pobre gente, que quedaría en la calle, tuviesen que adquirir las casas que él pensaba edificar.

Le había propuesto este negocio al alcalde y éste había aceptado la propuesta, pero tropezaba con un inconveniente y así se lo explicó a Warren, diciéndole:

—Pero es que nadie se quiere ir.

—No importa. Diré que voy a construir aquí una cárcel... Una cárcel siempre es un signo de progreso.

—Y a propósito de progreso... ¿Cómo va el asunto del museo?

—Admirable — exclamó Warren —. Yo di el terreno, pero cobré una comisión tres veces mayor que el valor del terreno... Aquí tiene su cheque, por lo que le corresponde.

—¿Un cheque? — exclamó el alcalde —. Es algo imprudente dar el dinero en cheque.

—No es imprudencia, porque el banco es mío.

—Es verdad — exclamó el alcalde guardándose el cheque en la cinta interior de su sombrero.

Eddie, que había conseguido convencer al dueño del establecimiento para que le dejase en su empleo iba tranquilamente con su carro, para repartir los comestibles y al mismo tiempo le iba diciendo a la yegua, que tiraba del vehículo:

—Hoy es día de suerte, Julia.

Y apenas había acabado de decir esto, cuando el auto en el que iban el alcalde y Warren le dió una embestida al carro destrizándolo materialmente.

Warren al ver que era otra vez Eddie quien interrumpía su conversación con el alcalde, le dijo, levantándose del suelo, donde había caído a efecto del encontronazo:

—¡Usted merece la cárcel!

El alcalde recogió del suelo el sombrero, que se le había caído y a la vez que se lo ponía le decía a Warren, para calmarlo un poco:

—Eddie no ha tenido nunca suerte.

—Porque no la busca — respondió Warren —. Yo empecé sólo con mi cerebro.

Eddie se le quedó mirando burlescamente y le respondió irónicamente:

—Mal comienzo ha tenido entonces.

Warren tuvo intenciones de abalanzarse sobre él, pero el alcalde lo detuvo, diciéndole:

—Vámonos, no tenemos tiempo que perder.

Lo hizo subir al coche y nuevamente emprendieron la marcha, sin preocuparse más de Eddie, que se quedó contemplando todo el destrozo que le habían hecho en su mercancía. Vió

de pronto en el suelo un sobre, que se le había caído y sin mirar siquiera lo que contenía se lo metió entre la camisa y el cuerpo y en vista de que ya nada podía recoger de los comestibles que llevaba, echó a andar sin rumbo fijo.

LOS CONSEJOS DE EDDIE

Andando, andando llegó hasta el barrio, cuyas casuchas quería destruir Warren, y al ver a todos los habitantes de los inmuebles que tenían sus utensilios en la calle les preguntó:

—¿Qué os pasa?

—Un verdadero terremoto — le dijeron.

—¿Un terremoto?... ¿A qué os referís?

—Pues a lo de Warren — volvieron a decirle —. Nos ponen en la calle.

—¿Y por qué?... ¿Acaso no pagáis vuestros alquileres?

—Sí, pero quieren construir aquí una cárcel... Ya verás, ¿qué va a ser de nosotros?

—Verdaderamente, es trágica vuestra situación — les dijo Eddie —, pero algún recurso habrá.

—Desastrosa — le replicaron.

Eddie de pronto tuvo una idea luminosa, una idea que les aconsejó la pusieran en práctica, diciéndoles:

—El os echa, pues vosotros no os vayáis... Quedaos aquí, hasta que el Municipio os aloje en otra parte.

—¿Dices que podemos vivir aquí?... ¿En plena intemperie?

—¿Por qué no? Tendréis el cielo por techo y las estrellas por decorado.

—¿Pero cómo viviremos?

—Lo mismo que antes. Cada uno que se forme su casa como la tenía. Tendréis un poco más de moscas, pero eso no debe ser obstáculo.

En esto vió el cartel que Warren había colocado en sus terrenos y que decía:

Construya su propia casa

Sociedad de constructores de Warren F. Cooper

—Mirad — les siguió diciendo —. El mismo Cooper os

invita a construir vuestra propia casa... No debéis apuraros... Todo el mundo a trabajar en arreglar su casa.

Inmediatamente siguieron los consejos de Eddie, y mientras que trabajaban, Eddie, para animarlos, empezó a cantar la siguiente canción.

Mientras tengamos por techo
La bóveda del cielo
Nuestro corazón estará hecho
Contra todo desconsuelo.
No necesitamos ladrillos ni argamasa,
Construyamos nuestra casa
Bajo el cielo profundo
En las noches más bellas

Decorado de estrellas.	Vivir gratuitamente.
Haremos nuestro mundo	Buenos amigos
El pensamiento errabundo	Venid conmigo,
hará puertas y ventanas	Viviremos tranquilamente,
Y de la noche a la mañana	Contra el sol iracundo
Haremos nuestro mundo.	Valiéndonos de cosas
Ningún alquiler,	Pequeñas, deliciosas,
Qué placer,	Haremos nuestro mundo.

Mientras que unos se dedicaban a formar su nuevo hogar, otros alegremente bailaban y cantaban, siguiendo la canción de Eddie. Cuando más animado estaba todo aquello, se les ocurrió llegar a Warren, al alcalde y a un policía. Este, al ver el jaleo que había allí formado se acercó a ellos y les preguntó

—¿Qué estás haciendo?

—Nuestra casa — le dijeron los que se iban a encontrar en la calle —. Venga con nosotros a bailar.

Y quieras que no, el policía se vió rodeado de todos los que bailaban y cantaban y contagiado por la alegría de los demás se puso también a cantar y a bailar con gran sorpresa del alcalde y de Warren.

Este al ver el giro que tomaba la cosa, creyó que lo más oportuno era espetarles un discurso y los reunió a todos diciéndoles

—Amigos míos: Quiero hacer un nuevo sacrificio por vosotros y dentro de un año veréis aquí una magnífica cárcel.

Eddie, que adivinaba las intenciones de aquel hombre, se acercó a él y le dijo intencionadamente:

—La vieja fué muy buena para su padre. Usted es de los que alojan a las estatuas y echa la gente a la calle.

—¡Se quiere callar! — exclamó iracundo Warren.

—No me da la gana — respondió Eddie —. ¿Quiere usted que le diga lo qué es?... Pues usted es un...

En aquel momento de un reloj que los vecinos habían sacado a la calle dió la hora sonando el "cuco" de la máquina. Eddie se echó a reír y mirando al pajarillo que entraba y salía del interior del reloj, exclamó:

—Y mire, ese me ha quietado la palabra de la boca.

—¿Qué yo soy un cuco? — exclamó sin poderse contener —. Esto es ya intolerable.

El alcalde se creyó en el caso de intervenir y le dijo:

—¡Basta!... ¿Qué venga el coche de la policía!

—No es necesario — le respondió tranquilamente Eddie.

—Yo puedo caminar.

Warren se dió cuenta que entre todos los habitantes de la Nueva Roma, era aquel el que resultaba más peligroso para sus propósitos y con el deseo de librarse de él le dijo al alcalde:

—Este hombre debe ser arrojado de la ciudad.

—¿Quieren desterrarme por decir las verdades? — preguntó Eddie—. A usted no le conviene que yo esté aquí. Y dirigiéndose a los demás que le escuchaban les dijo:

—Cooper quiere comparar su Roma con la Roma antigua y notable. Allí sabían tratar a la gente y no se echaba a nadie.

—¡Basta he dicho! — exclamó el alcalde, haciendo una señal a los policías para que se llevasen a Eddie, quien a viva fuerza se vió obligado a seguir a los policías hasta que éstos lo pusieron en el límite de la ciudad.

—¿Y a dónde podré ir ahora? — preguntó Eddie, sin saber que rumbo tomar.

—Vete a tu Roma antigua, ya que tan aficionado eres a ello — le dijo bromeando un policía.

—Claro que soy aficionado a ella. Si estuviera en mi Roma antigua no sería expulsado, como lo soy ahora.

Y en vista de que lo dejaban solo, emprendió el camino

carretera adelante, dejando a sus piernas el indicarle el camino, pero sin poner en ello nada de su voluntad.

Durante toda la tarde continuó caminando, el cansancio empezaba a apoderarse ya de él y sentía que las fuerzas se le iban acabando. Había andado muchas horas sin tomar ningún alimento y poco a poco una dejadez absoluta se apoderaba de él.

¡Cuánta diferencia entre aquella Roma que dejaba y la que él conocía por los relatos! En la antigua Roma, jamás habrían permitido que un ciudadano se encontrase a aquellas en plena carretera y sin nada que llevarse a la boca.

El cansancio le obligó a sentarse al borde del camino y quedó profundamente dormido sin darse cuenta de nada, hasta que de pronto se encontró junto a tres aguerridos soldados romanos que lo miraban curiosamente.

Uno de ellos le dijo ceremoniosamente:

—Salve, hermano.

—Buenos días, amigos — respondió tranquilamente Eddie, sin dejar de reparar en ellos —. ¿Dónde está el circo?

—Al final de la carretera — le dijo uno de los soldados romanos.

—¿Cómo se llama?

—El circo Máximun... ¿Vas a Roma?

—Sí — respondió Eddie —. Me han echado de mi ciudad.

—¿Sabes entonces que hemos vencido? — le preguntó un soldado romano —. Nuestros enemigos han perdido hasta la camisa.

Eddie se fijó que aquellos soldados no llevaban pantalones y que solamente iban vestidos con unas cortas faldillas y les respondió riendo:

—Vuestros enemigos habrán quedado sin camisa, pero os han quitado los pantalones. Debierais vestiros.

Uno de los soldados se encaró con él y le dijo en tono amenazador:

—¿Que manera de hablar es esa?... Este hombre debe ser un espía.

—Y tú un cuco — le respondió Eddie, quien siempre tenía a punto una réplica oportuna. Otro soldado le dijo a su compañero:

—Debe ser un miserable vendedor de comestibles.

—Has acertado, hombre — exclamó Eddie —. Soy dependiente de ultramarinos, pero Cooper me sorprendió durmiendo con Agripina, cuando pasaba la noche con ella y...

El soldado avanzó hacia Eddie y con rabia mal disimulada le dijo:

—¿Te atreves a insultar a nuestra emperatriz?

—Digo la verdad — respondió Eddie, que no comprendía la indignación de aquel soldado. Mas éste se volvió a sus otros dos compañeros y les dijo:

—Este hombre ha insultado a nuestra emperatriz y debe morir.

Eddie se creyó que todo aquello era una broma y le replicó riendo:

—Qué bien haces tu papel, hombre.

Pero el soldado romano en su afán de vengar la ofensa inferida a la regia persona de su soberana, le entregó una pequeña espada que llevaba en el cinto y cogiendo otra de uno de sus compañeros le dijo:

—Te concedo que mueras como un romano... Defiéndate.

Pero en lo que menos pensaba Eddie era en defenderse y menos aun en pelear, por lo cual exclamó:

—Mira, amigo, sino dejas esa navajilla esto terminará muy mal. Mira que punta tiene.

Y a la vez que señalaba la punta del arma que él tenía, pinchaba bromeando al soldado, que se veía precisado retroceder, ante la acometida bromística de Eddie. Por fin, Eddie, viendo que aquello iba en serio, entregó el arma a otro soldado y le dijo al que quería pelear con él:

—Mira, lo mejor que puedes hacer es jugar con éste. Nosotros dos te miraremos y te aplaudiremos.

Su agresor lo miró despectivamente y respondió:

—Es un cobarde... Debemos quemarlo vivo.

—Arranquémosle el corazón — le dijo otro.

Eddie iba ya dándose cuenta de que aquello no era ninguna broma y empezó a sentir lo que vulgarmente se llama miedo.

Lo mejor es que nos sirva de blanco para nuestros arcos — propuso uno de ellos.

—Llevas razón — aceptó otro soldado.

Y antes de que Eddie pudiera escapar se abalanzaron sobre

él y lo amarraron a un madero que había clavado en la tierra para que no pudiera marcharse.

Eddie se veía la piel agujereada con aquellas flechas, pero como para todo en el mundo hay un recurso, en el momento en que los soldados iban a disparar, hizo un esfuerzo, consiguió desenterrar el madero y se volvió de espalda. De esta forma las flechas al ser lanzadas quedaron clavadas en la madera y él salió ileso de aquella prueba, emprendiendo una rápida huída.

No tardó mucho en caer nuevamente en poder de los soldados y ya iban éstos a dar buen fin de él cuando afortunadamente acertó a pasar por allí Josephus, que les preguntó:

—¡Es un espía! — exclamó un soldado.

—¡Un traidor! — le dijo el otro.

—¡Ha ofendido a nuestra emperatriz! — le dijo el tercero.

—Yo no he ofendido a nadie — se apresuró a explicar Eddie —. Yo solamente he dicho que he dormido en compañía de Agripina.

Josephus lo miró de abajo arriba y siguiendo la mirada del patricio fué cuando Eddie se dió cuenta de como iba vestido y exclamó:

—¡Caramba!... ¡Pues si estoy de verdad en Roma!

Josephus al fin dictó su sentencia. Más compasivo que los soldados les dijo:

—Llévalo al mercado de esclavos, para que se venda hoy mismo.

—¿Y no sería mejor al mercado de pescado? — preguntó Eddie —. Es un alimento que me sienta muy bien

—He dicho que al mercado de esclavos — repitió Josephus —. Quizá yo mismo te compre para hacerte probar mi látigo.

Y sin decirle más hizo sonar el látigo fustigando a los caballos que tiraban de su cuádriga.

Aquel látigo que medía más de dos metros dejó a Eddie pensativo. Si aquel hombre lo compraba y probaba en sus costillas la firmeza del látigo lo iba a dejar muerto en menos tiempo que el decirlo.

Pero como a nadie ahorcan a gusto, Eddie, quiera que no, tuvo que seguir a los soldados, los cuales lo entregaron al subastador para que cumpliera la orden de Josephus.

El pobre muchacho miró a su alrededor, desde la plataforma en la que lo habían subido y quedó extrañado de ver tanta gente reunida. Parecía mentira que la mercancía humana tuviese tantos compradores e interiormente no pudo menos que acordarse de los acaparadores de su ciudad...

El subastador lo sacó a pública subasta y varios compradores antes de hacer oferta quisieron ver como estaba de músculos e intentaron tocarlo. Eddie, con un rubor tan sólo comprensible en un muchacho tan corto como él, los detuvo diciéndoles:

—Quietos, quietos... No se puede tocar, sin antes haber comprado.

—¿Cuánto dan por él? — preguntó el subastador.

Nadie hizo oferta y Eddie les gritó.

—Hacéis bien, no debéis de comprarme porque yo no sirvo para nada...

Se volvió hacia el subastador y le dijo, a la vez que se disponía a bajar de la plataforma:

—Nadie quiere comprarme. Ya no tengo nada que hacer aquí y me voy.

El subastador asintió con la cabeza y le dijo:

—Llevas razón... Aquí el esclavo que no se vende se echa a los leones.

Aquello hizo que Eddie diera un salto y volviese nuevamente a la plataforma: Después de todo, pensó, ser esclavo es siempre mejor que servir de merienda a los leones y pensando en el triste final que le aguardaba sino conseguía quien lo comprase, les gritó a los que formaban el público.

—Vamos, hombres, no ser tan roñoso... Haced alguna oferta.

—¿Quién lo quiere por cinco dineros? — preguntó el subastador.

—Es una verdadera ocasión — les dijo Eddie, que a toda costa quería librarse de los leones.

Un nuevo silencio siguió a sus palabras y Eddie, viéndose convertido en merienda de fieras, empezó a hacerse él mismo la propaganda diciendo:

—Se cocinar, cuidar niños... y lo demás... ¿Nadie me quiere?

El subastador volvió a sonreír y le dijo:

—Me parece que nadie quiere comprarte... Tú eres de los predestinados a los leones. Desde que te trajeron me lo supuse.

Pero Eddie no está conforme con aquella suposición. No le interesaba el fin al que se le quería destinar y otra vez empezó a hacerse su propaganda diciendo a los compradores:

—Vamos... No seáis tontos... No perdáis esta ocasión única... Yo sé cantar... Sé bailar...

Pero el silencio de los compradores era el mismo y hasta oídos de Eddie llegaron ciertos comentarios que decían:

—Más vale que se lo coman los leones.

De pronto y cuando toda esperanza estaba perdida, una mujer, más vieja que un siglo, exclamó mirándolo amorosamente:

—Yo doy cien "pífics".

Eddie se volvió al subastador y le preguntó:

—¿Cuánto es eso?

—Un décimo de dólar oro—le dijo el subastador público.

—¿Solamente diez céntimos? —exclamó ofendido Eddie.

—¿Tan poco valgo yo?

—Un dinero oro —ofreció Josephus.

Eddie sintió una gran alegría al oír una voz que ofrecía por él un dinero oro y preguntó al subastador.

—¿Quién ofrece eso por mí?

—Aquel que está allí —le indicó el subastador.

Eddie se volvió a mirarlo y al ver que se trataba de Josephus, que seguía manejando su látigo, exclamó asustado:

—¡No, ese, no!... Me quiere pegar... Véndame al de los "pífics".

Pero nadie mejoraba la postura y Eddie les dijo:

—Señores, den algo más por mí... Miren qué piel... una verdadera piel rusa... Y si tuviera pantalones aún valdría más... ¿Quién hace la oferta?

—Tres dineros —ofreció la vieja que antes había hecho la oferta.

—Cuatro —le dijo Eddie al oído del subastador, fingiendo una voz distinta.

El pobre hombre se volvió para ver quién había ofrecido cuatro dineros y no viéndolo preguntó:

—¿Quién ha sido el que ha ofrecido cuatro dineros?

—Aquel — señaló Eddie al azar.

—Cinco — prometió Josephus.

Y desde aquel momento entre la vieja y Josephus se estableció una pugna por la posesión de Eddie, que dió por resultado el que éste quedara en poder del patricio.

Paso Eddie a poder de Josephus y éste se lo llevó por las calles de la ciudad camino de su palacio. Eddie estaba seguro de que al llegar allí la paliza que le esperaba era de las que hacían época, pero para evitar en lo posible el dolor ya había ideado una forma de poder aguantar los latigazos.

Mientras ellos se dirigían hacia el palacio de Josephus, éste cambió de idea y exclamó:

—Iremos al mercado de esclavas.

Precisamente aquel día se había dictado una orden en la que se decía:

*Por orden del Emperador, tendrá lugar la
venta de Olga, favorita de Su Majestad*

Esta misma orden fué transmitida por sus esclavas a la favorita del emperador en presencia de los soldados y Olga, siempre digna de la majestad que ostentaba, les respondió:

—Esperadme. En seguida voy con vosotros.

Cuando quedó sola la infeliz joven, miró todo cuanto la rodeaba y, sintiendo la añoranza de lo que iba a perder, dejó exclamar, como un lamento de su alma, la siguiente canción:

De lejos llega un lamento	Se acabaron las canciones
De una mujer desgraciada,	Que cantaba para ti,
Muchos conocen el portento	Se agostan los corazones,
De un alma desesperada.	Ya no hay amor para mí,
Sin sol en el cielo	Se acabaron las caricias
Todo es sombrío para mí,	Que recibía de ti.
No tengo ningún consuelo,	Para mí ya no hay delicias,
Ya no hay amor para mí.	Ya no hay amor para mí.

Poco después, en el mercado donde se celebraba la venta de doncellas, Olga era expuesta como las demás, para que los mercaderes pudieran comprarla.

Daba lástima ver tantas caras bonitas, tantos cuerpos esculturales expuestos a pública subasta, bajo el dominio de



—Vuestros enemigos habrán quedado sin camisa, pero os han quitado los pantalones. Debierais vestirlos.



- Es otro calador que ha muerto envenenado.



Al final de la partida de dados con el emperador, Eddie había ganado toda sus joyas, el Coliseo, el Forum y su Mayordomo.



- Es que primero te tomas la mano y luego...





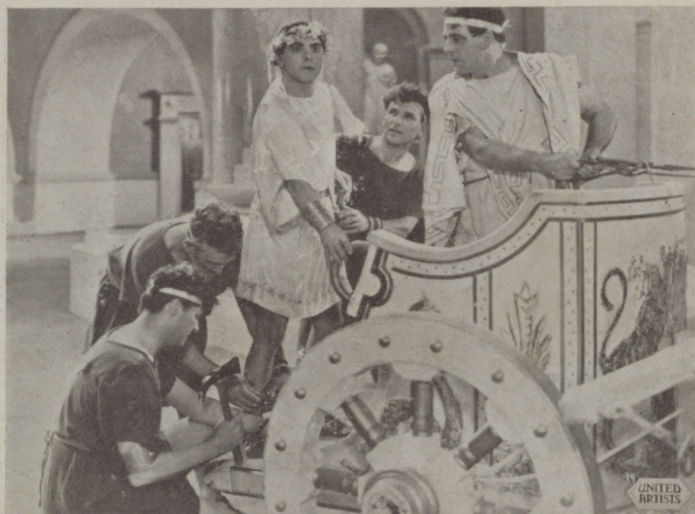
Me han atacado. ...



...la masajista sin darse cuenta le em-
badurnó la cara con tierra negra...



.. las doncellas y sus esclavas evolucionaron por la amplia sala ejecutando algunos números coreográficos...



Le clavó la punta de los zapatos que llevaba en las tablas de la cuádriga.



un hombre tan cruel, que las hacía andar de una lado para otro, con el fin de que mostraran sus cuerpos desnudos, sin más ocultación que las madejas de sus cabellos que caían como torretes de oro por sus cuerpos. Atadas a una columna, las más bellas iban presentándose a los compradores, mientras que la desgraciada Olga seguía cantando aquella canción que era un quejido de su alma atormentada.

Aquel espectáculo le causaba horror a Eddie y menos mal que su amo optó por marcharse, sin querer comprar ninguna doncella: Se alegró Eddie de esta actitud de Josephus.

Iban nuevamente camino del palacio de éste cuando Josephus, haciendo estallar su largo látigo, le preguntó al muchacho:

— ¿Has sentido ya alguna vez el látigo sobre ti?

Eddie comprendió que había llegado el momento de recibir la paliza, y respondió:

—Sí, cuando era pequeño.

—¿Dónde te pegaban? — preguntó Josephus.

Eddie se llevó las manos a la parte más carnosa del cuerpo y le indicó:

—Aquí, donde no puede uno sentarse luego. Es el sitio de costumbre. ¿Quieres que me ponga de rodillas?

Eddie se acordaba que cuando era pequeño y le iban a pegar lo hacían ponerse de rodillas y se dispuso a adoptar la misma postura.

Josephus se echó a reír al ver la disposición del joven para recibir los azotes y le dijo amigablemente:

—No, no te pegaré. Me eres simpático.

Eddie se levantó las faldillas que vestía y se sacó de aquella parte del cuerpo una gruesa tabla que se había colocado para evitar que los golpes del látigo pudieran hacerle daño. Ante la actitud de su amo, sonrió más confiado y le dijo:

—Tú también me eres simpático... ¿Quieres prestarme el látigo?

Josephus lo hizo restallar hábilmente y le dijo:

—Toma... ¿A ver si tú lo haces igual?

—Voy a probar — exclamó Eddie.

En efecto, cogió el látigo, lo desenrolló y lo lanzó al aire, pero con tan mala fortuna, que su extremo se enroscó en el cuello de un patricio que pasaba por allí en su cuadriga y al

impulso que hizo Eddie para restallarlo, tiró de él y lo lanzó fuera del carruaje.

Eddie, al ver lo que había hecho, se quedó mirando asustado a su amo y éste le dijo riendo:

—Es el mayordomo del Emperador.

El mayor temblor le produjeron aquellas palabras y más aún al ver la actitud en que se le acercaba el mayordomo, que le gritó indignado.

Josephus se interpuso para evitar que castigarán a su esclavo y el mayordomo, que por lo visto no tenía buena amistad con Josephus, le dijo:

—Usted siempre toma la defensa de los otros.

—Naturalmente — respondió con tranquilidad Josephus.

—Pues le advierto — siguió diciéndole el mayordomo — que el Emperador está ya cansado.

Eddie no respondió. Comprendió que en aquella ocasión lo mejor era dejar que los dos patricios discutieran y cuando vio que el mayordomo volvía a subir en su cuádriga, le dijo a Josephus:

—Si me lo hubiera propuesto no lo habría hecho tan bien. Ya hasta estoy contento de ser tu esclavo.

Josephus se sintió magnánimo con él y le dijo:

—Ya no lo eres. Te doy la libertad.

Eddie sintió una gran pena ante aquellas palabras y la expresó diciéndose:

—Ya no me quieren, ni de esclavo... ¿Si seré desgraciado?

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Josephus.

—Eddie?—respondió éste.

—Ese no es ningún nombre—le respondió a su vez Josephus, que jamás había oído semejante nombre—. Yo te llamaré Joé.

—Ahí viene el emperador. El tirano de Roma.

Eddie miró extrañado a su amigo. Lo que menos podía él pensar es que Josephus fuese de ideas tan avanzadas, pero la proximidad de las tropas que llegaban, le hizo enmudecer y oyó nuevamente a Josephus que hablaba con otros conspiradores a quienes les decía:

—¿Sabes lo que significan esas conquistas?... Pues nuevos impuestos.

El otro que le oía asintió con la cabeza y le dijo en voz baja:

—Paciencia... Ya acabaremos con esta tiranía.

Detrás del carro del emperador y amarrada con gruesas cadenas apareció una joven bellísima. Venía a pie y tenía que llevar el mismo paso que llevaba el carro del emperador. Eddie se la quedó mirando asombrado por aquella belleza y le preguntó a Josephus:

—¿Quién es esa mujer?

—Una prisionera. La princesa Silvia.

—¿Y por qué no la llevarán en coche?—se preguntó Eddie—. No es correcto que una princesa tenga que ir de esa forma.

Josephus tampoco apartaba la vista de Silvia. Por primera vez su corazón se había sentido dominado por el amor verdadero y desde aquel momento sintió un verdadero deseo de salvar a la joven cautiva. Esta a su vez miró casualmente hacia donde estaba él y le sonrió deliciosamente, dentro de la desgracia que la afligía.

De pronto se armó un remolino delante del carro del emperador y Eddie se vió metido entre los pies del público. Todos querían detenerlo creyéndole a él culpable y cuando por fin lo sacaron el emperador indignado ordenó que lo llevaran a los calabozos hasta que los verdugos dieran cuenta de él.

El pobre Eddie se vió de aquella forma metido en una situación que no había buscado y encadenado uno de sus pies a una argolla, cuya cadena estaba empotrada en la pared de su encierro.

El emperador al llegar al palacio se quitó la armadura que llevaba, mientras que los esclavos le ofrecían en ricas palan-ganas de porcelana agua perfumada para que se lavase las manos. El mayordomo vino a darle cuenta de algunos asuntos del imperio, pero el emperador lo rechazó diciéndole:

—Necesito reposo... Que venga Olga.

El mayordomo contrariado y más aun extrañado de aque-lla petición imperial, se atrevió a decirle:

—Olga ha sido vendida hoy por orden de su majestad.

—¡Imposible!—exclamó el emperador—. Olga es mi favo-rita, además, me amaba... Por lo menos seamos agradecidos...

La haremos esclava de mi nueva favorita, la princesa Silvia.

Y ante la idea de aquella muestra de agradecimiento, el emperador Valerio quedó ya completamente satisfecho, sin preocuparse siquiera de ir a visitar a su esposa Agripina.

EN LOS CALABOZOS

Llevaba ya cerca de una hora Eddie encerrado en el calabozo, cuando de pronto oyó una carcajada que le puso los pelos de punta. Miró hacia el lugar de donde había partido y vió a un hombre casi esqueleto que lo miraba y reía a más no poder. Poco a poco aquel individuo fué acercándose a él hasta que le dijo:

—Te reconozco... Eres el hombre a quien acaban de encerrar hace poco... ¡Qué lástima que no hayas estado conmigo!

Eddie miró a aquel sujeto y le pareció que estaba loco. Mas no obstante al ver a dos hercúleos soldados que se hallaban mirando por la ventanilla de la puerta, le preguntó al otro prisionero.

—¿Quiénes son esos?

El otro se echó a reír sarcásticamente y exclamó:

—Son los verdugos del emperador.

—¡Caramba!—exclamó Eddie alarmado—. ¿Y qué esperan?

—Pues actuar—le respondió el otro prisionero—. Tienen una fuerza brutal. Te cogen y lo primero que hacen es romperte el espinazo.

Eddie miró asustado hacia los verdugos y le pareció comprender que aquellos individuos tenían fuerza más que suficiente para desconjuntar al desgraciado que cayese en sus manos. Su compañero de prisión nuevamente siguió explicándole lo que hacían a los prisioneros y le dijo:

—Después de romperte el espinazo te tuercen los huesos.

—Ah, vamos—exclamó Eddie—, se dedican a la cirugía plástica.

—Luego te queman con hierro candente.

—Muy curioso—le interrumpió Eddie.

—Pero yo he descubierto algo para no sentir el dolor que eso produce. Algo que nadie conoce todavía.

Eddie miró interesado a su compañero y éste le explicó convencido de lo que le decía.

—Yo he descubierto el secreto de la risa eterna.

Eddie miró fijamente a su compañero. Ahora se explicaba todos aquellos. Sin duda sus opresores se habían equivocado y en vez de llevarlo a la cárcel lo habían metido en un manicomio. Mas el otro prisionero, sin adivinar el pensamiento de Eddie, siguió diciéndole:

—¿Tú sabes lo que es un volcán?

—Claro que lo sé—respondió Eddie—. ¿Crees que estoy tan loco como tú?

El prisionero, sin hacer caso a las palabras de Eddie, continuó:

—Pues un volcán es una montaña que se muere de risa.

—Claro, como que nadie va a verlos—respondió Eddie.

—Un temblor de tierra es una carcajada—prosiguió el prisionero—. Yo he arrancado el secreto a las montañas. Aquí tengo el gas de lava.

Sacó del pecho una botellita donde decía tener aquel gas y se lo mostró a Eddie, diciéndole:

—Huele este gas y te reirás hasta reventar.

Después de todo si aquello resultaba verdad—pensó Eddie—por lo menos le privaría de sentir el dolor del martirio que estaba seguro le esperaba. Cogió la botellita y la miró fijamente. Antes de abrirla le preguntó a su compañero.

—¿Dices que reventaré de risa?... Pues voy a probar.

—¡No!—exclamó el otro—. Antes es preciso que sufras. Debes guardarlo para los momentos de sufrimiento.

Unos rugidos llamaron la atención de Eddie y se volvió hacia el lugar de donde habían partido. Vió allí a varios leones que estaban separados del recinto donde ellos se hallaban por unas barras de hierro y preguntó sustado:

—¿Qué es eso?

—No tiene nada de particular—respondió el otro—. Son los leones hambrientos,

—Pues yo les daría de comer para que nos dejaran tranquilos—respondió Eddie, sin poder apartar la mirada de aquellas fieras.

Mientras él estaba abstraído en la contemplación de los leones, los verdugos entraron a la mazmorra y sacaron violentamente al otro prisionero, sin que éste pudiera apoderarse nuevamente de la botellita donde estaba encerrada el gas de la risa.

Al volverse Eddie y verse solo exclamó asombrado:

—¡Caramba!... Se han llevado al de la risa...

Pero duró poco tiempo su soledad, puesto que con gran sorpresa suya vio que traían un nuevo detenido y que era nada menos que la princesa Silvia, quienes les decía a los soldados que la traían:

—¿Por qué me separáis de los míos, de los otros prisioneros?

Por orden del emperador Valerio—le respondieron los soldados, marchando seguidamente sin darle más explicaciones. Silvia ocultó la cara entre sus manos y se puso a llorar amargamente hasta que Eddie llamó su atención diciéndole:

—No temas nada...

Silvia miró a Eddie y lo reconoció de haberlo visto en la calle cuando Josephus y sus amigos pretendieron libertarla y exclamó agradecida:

—Te reconozco, tú eres el que quiso libertarme.

—No, yo solamente quería hablarle a Valerio para que te subiese a un coche, pero el pueblo creyó otra cosa y ya ves en que situación me veo.

—Está aquí por culpa mía?—preguntó con pesar la princesa.

—No, no lo creas—respondió convencido de lo que decía Eddie—. Yo siempre he tenido contratiempos. Pero paciencia, Josephus nos salvará.

—¿Quién es Josephus?—preguntó curiosamente la princesa.

—¿Quién va a ser?—exclamó Eddie extrañado que ella no hubiese oído hablar de Josephus, a quien creía más popular que el presidente de los Estados Unidos.

—¿Tu amo?—preguntó a su vez la princesa.

—Sí, tú le conoces. Durante el desfile estaba a mi lado y tú lo viste.

Silvia se acordó del joven que tan grata impresión le había causado en el desfile y estaba a punto de confesarle a Eddie la impresión que le había producido cuando se abrió la puerta de la prisión y apareció el propio Josephus, haciendo exclamar a Eddie:

—Este es el hombre de que te hablaba.

—Vengo a libertarte—exclamó Josephus acercándose a la princesa.

—¿Y el guardia?—preguntó Eddie.

—Está comprado. Vamos, es la ocasión y no hay que perder un solo momento.

Echelon a andar y Eddie los siguió, mas al dar unos pasos cayó de bruces, puesto que no se había acordado que estaba amarrado por un pie y exclamó con tristeza:

—No puedo seguirlos... Hay algo que me lo impide.

Cuando ya estaban a punto de salir apareció el guardia y les dijo asustado:

—El emperador llega.

Eddie exclamó inmediatamente:

—Le diremos que no podemos recibirlo.

Josephus al verse descubierto, comprendió que lo mejor era disimular y salió del calabozo después de decirle a la princesa:

—Ahora me voy, pero volveré pronto.

En la misma escalera de la prisión se encontró con el emperador que al verlo exclamó irónicamente:

—¿Cómo?... ¿Josephus mi prisionero?

Josephus hizo una reverencia al emperador y le respondió:

—Majestad, mi esclavo ha sido detenido injustamente.

Valerio, a quien no le era nada simpático Josephus, puesto que sabía el ascendente que tenía sobre el pueblo, le dijo secamente:

—Me agradaría verte menos en mi camino, Josephus... a no ser que quieras estar aquí definitivamente.

Josephus volvió a inclinarse ante el emperador y éste siguió su camino hacia la celda donde estaba presa la princesa.

Silvia al verlo llegar corrió al rincón de aquel lúgubre aposento y el emperador se acercó a ella diciéndole:

—¿Os agrada esta habitación, Alteza?

—Mucho—respondió Silvia, sin querer doblegar su orgullo—. Algún día podré otorgaros igual hospitalidad.

Valerio sonrió confiado de su poder y siguió diciéndole:

—Podríais reposar mejor en mi palacio.

—Prefiero esto—contestó la joven.

Valerio sonrió. Comprendió lo que quería decirle ella y le dijo finalmente:

—Si no me amáis podéis quedaros aquí.

—¡Vaya un amor!—exclamó sin poderse contener Eddie.

Valerio se volvió rápidamente y preguntó:

—¿Quién habla ahí?

—Yo... y no he terminado— volvió a decirle Eddie, convencido de que se portase como se portase tendría que morir—. Todavía diré algo más.

—El mayordomo que acompañaba al emperador al darse cuenta de la presencia de Eddie, se acordó que aquel hombre había sido quien lo tiró de su cuádriga con el látigo y para vengarse de él le dijo:

—Majestad, ese es el hombre que quiso atacaros, el que me pegó con su látigo de carretero.

—Era el único que tenía entonces—respondió a su vez Eddie con una sangre fría que imponía.

—Luego me ocuparé de ti—le dijo el emperador y volviéndose a la princesa, continuó:

—Entre todas las mujeres de Roma he preferido a una extranjera y esta extranjera eres tú.

—Y yo prefiero vuestros leones—le dijo airadamente la princesa.

—¿Y vuestros compatriotas tendrán la misma preferencia?—preguntó intencionadamente Valerio:

Silvia adyuinó lo que quería decir aquella amenaza. Pensó que si ella no aceptaba la propuesta del emperador todos sus compatriotas morirían devorados por las fieras. Lo que no hizo por ella misma lo hizo por los demás y le preguntó a Valerio.

—¿Si os sigo, me prometéis evitarles todo mal?

—Palabra de honor—respondió Valerio.

—Entonces, acepto—terminó diciendo Silvia.

Valerio entusiasmado por la aceptación de la joven, les dijo a sus acompañantes:

—Acompañad a la princesa a Palacio.

Cuando salió la joven se acercó a donde estaba amarrado Eddie y mirándolo rencorosamente le dijo:

—Y ahora echad a este perro a los verdugos... Quiero que sufra horriblemente y cuando esté agonizando vendré para contemplar su sufrimiento.

Eddie quedó como electrocutado ante aquellas palabras y siguió con la vista al emperador que tan sanguinariamente le trataba:

Poco rato después llegaron los verdugos. Eran aquellos dos hombres que Eddie había visto en la puerta y cuyos músculos le habían causado asombro. Por si alguna duda le quedaba respecto a la fuerza de aquellos energúmenos, uno de ellos lo convenció rompiendo de un tirón la cadena que lo sujetaba a la pared. Eddie quedó admirado de la facilidad con que lo hacía y pensó que sus huesos iban a quedar triturados.

Uno de los verdugos había llegado provisto con un anafe en el que brillaban las brasas encendidas y Eddie sintió que aquel fuego ya se le introducía en el cuerpo.

El pobre prisionero quiso trabar amistad con sus verdugos, pensado que de aquella forma tal vez lo tratarían mejor y le dijo a uno de ellos:

—Siéntate y hablaremos.

Y al decirle esto lo empujó débilmente, pero con tan mala fortuna que lo hizo sentar sobre el anafe. El verdugo pegó un saltó al sentir el fuego en sus posaderas, mientras que el otro le decía:

—Te romperé los huesos.

—Perdonad—exclamó Eddie disculpándose—. No quise ofenderos.

El que había roto la cadena le cogió el brazo y se lo torció despiadadamente, mientras que Eddie se quejaba diciéndole:

—Me haces mucho daño... Imagínate que yo fuera tu hermano.

—No tengo hermano—respondió el otro—. Murió la semana pasada. Yo te aseguro que saldrás de aquí bien estropeado.

Empezaron a someterlo a suplicio, pero Eddie, ante el dolor arrojó la botellita del gas de la risa que tenía todavía en su poder. Al caer al suelo se destapó y empezó a evaporarse el gas causando en Eddie una risa enorme, que poco a poco se apoderó también de sus verdugos.

Cuanto más daño le hacían más se reía Eddie y sus verdugos, hasta que por fin vino el emperador y al verlo en aquella actitud exclamó asombrado:

—Vengo a verlo sufrir y me lo encuentro riéndose.

Eddie al ver al emperador, sin dejar de reír le dijo:

—Estoy sufriendo mucho, majestad.

Valerio deseando verlo morir entre horrores, ordenó a los verdugos que no cesaban de reír:

—Marcarlo con fuego lento, no perderé ninguno de sus gritos de dolor.

Mas en aquel momento el humo del gas de la risa empezó a surtir sus efectos en el emperador y prorrumpió en sonoras carcajadas, exclamando al fin:

—Es la primera vez que me río, después de muchos años. Dejarlo en paz. Mientras pueda divertirme vivirá.

Y de aquella forma tan casual fué como Eddie se libró del suplicio a que iba a ser sometido y hasta conducido a palacio para recreo del emperador.

LAS INTRIGAS PALACIEGAS

Aquella noche se hallaba Valerio en unión de la emperatriz Agripina. Era esta una mujer intrigante que ansiaba poseer ella sola el dominio de todo el imperio. Varias veces había intentado suprimir a su real esposo valiéndose de venenos, pero siempre le había fallado el golpe. En aquella ocasión quiso mostrarse amorosa con él y le preguntó:

—¿Ha sido una buena guerra, Valerio?

—Un poco movida —respondió disciplente el emperador—. El calor nos traía unos mosquitos que no nos dejaban tranquilos.

Ella le echó los brazos al cuello y exclamó cariñosamente:

—Estoy muy contenta de verte,

Valerio la miró algo desconfiado y no pudo menos que decirle:

—Estás demasiado amable, Agripina.

—¿Y qué tiene eso de particular sabiendo todo cuanto te amo?—exclamó ella a la vez que tomaba un vaso de vino, de dos que habían servido en aquel momento en una bandeja y le decía:

—Bebamos por nuestro amor.

El emperador cogió el otro vaso y antes de llevárselo a los labios se lo entregó al negro que había junto a él y le dijo:

—Toma, Pruébalo.

El negro bebió un sorbo del vino e instantáneamente cayó muerto.

Agripina se abrazó a su marido y le dijo asustada:

—¿Y pensar que podrías haber sido tú quien hubiera muerto?

Valerio la miró burlonamente y le respondió:

—Tendrás más suerte la próxima vez, Agripina. Hoy te ha fallado el golpe.

Recogieron al catador muerto y cuando lo sacaban de palacio Eddie que cruzaba un pasillo preguntó al verlo:

—¿Un accidente?

—No—le respondieron—. Es el final de un banquete. Es otro catador que ha muerto envenado.

Al mismo tiempo el que le hablaba tachó el nombre del catador recién muerto y Eddie vió que antes que él había otros siete nombres tachados, indicio indudable de que le habían precedido siete cadáveres.

No le gustó mucho aquel recibimiento, pero como tenía que presentarse ante el emperador, entró en la cámara real, donde Valerio le aguardaba.

Al llegar junto a él el emperador para olvidar el incidente que había costado la vida a su catador, le dijo:

—Cuéntame, algo de tu país.

—Oh—exclamó Eddie—. América te gustaría, majestad. Es un país delicioso... Un país de luces. Cuando las luces rojas están encendidas los peatones no tienen derecho a atravesar las calles. Tienen que esperar el permiso del guardia. Las ciudades están llenas de ladrones y asesinos, pero los guardias vigilan a los peatones... Los peatones se aglomeran en los

refugios y allí esperan a que el tráfico se detenga. Si en ese sitio un coche los aplasta, eso no cuenta. El coche da una vuelta y comienza de nuevo. Después viene la ambulancia y ya está todo.

Mientras Eddie hablaba se entretenía con unos dados que llevaba en la mano y el emperador se los cogió curiosamente, hasta que al terminar Eddie le dijo:

—Devuélvame mis dados.

—Déjame que los vea bien—le dijo Valerio.

—No has visto nunca dados?—preguntó Eddie.

—No, nunca los he visto—le respondió el emperador.

Eddie vió entonces la forma de poderse ganar una fortuna. Si el emperador no sabía jugar él podría hacerle todas las trampas que se le ocurrieran y le dijo:

—Entonces, vamos a divertirnos. Nos jugaremos cinco dineros.

—¿Y si te gano?

Eddie sonrió irónicamente, se acordó de las trampas que le iba a hacer y exclamó:

—Eso sería un milagro.

Se pusieron a jugar y al final de la partida Eddie terminó diciéndole:

—Me debes el Coliseo, el Forum y tu mayordomo, pero yo te lo devuelvo todo a cambio de la libertad de la princesa Silvia.

El emperador miró celosamente a Eddie y le preguntó:

—¿Te interesa mi prisionera?... ¿Estás enamorado de ella?

—¡Me tiene loco!—exclamó Eddie, no queriendo descubrir a su amo Josephus.

El emperador, llevado por los celos que había suscitado en él la proposición de Eddie, respondió:

—Pues eso hace cambiar mis planes. Tú serás ahora mi catador. Te encargarás de probar mis alimentos. Probarás todos los platos que yo haya de comer.

A Eddie, después de haber visto al catador muerto no le hacía mucha gracia ocupar el puesto de aquél, pero como allí no había más orden que la del emperador, tuvo que atenerse a ella si quería conservar la cabeza sobre los hombros, cosa que parecía muy difícil.

Aquella noche, Josephus, dejándose llevar por el amor que sentía por Silvia intentó ver a ésta y saltó las tapias del palacio. Se encontró con la princesa y le dijo:

—Vengo por ti, Silvia. Te amo y quiero llevarte conmigo.

—Eso es una locura—le dijo la joven—. Corres peligro de muerte, Josephus. Vete. Yo también te amo y no quiero que pierdas la vida.

Y antes de que Josephus pudiera insistir en su deseo, aparecieron varios soldados al mando del mayordomo del emperador y empezaron a disparar contra él sus flechas. Josephus no tuvo más remedio que salir huyendo y al llegar el emperador y darse cuenta de lo que había ocurrido, ordenó:

—Que traigan a Eddie.

—¿Por qué?—preguntó el mayordomo, cuyo odio a Eddie era cada vez mayor.

—Pues porque si Eddie ama a Silvia, él evitará que se la lleve.

Y este mismo pensamiento del emperador lo tuvo también la emperatriz, pensando que Eddie odiaría al emperador, por ser el que le robaba el amor de Silvia. Lo hizo venir a su lado y Eddie le dijo al que le transmitió la orden.

—¿Sabe el emperador que Agripina me ha llamado a su alcoba? Porque yo no quiero ofenderle.

—Lo que se ignora no ofende—le dijo el enviado de la emperatriz.

—Llevas razón, pero hay el inconveniente de que como se entere me va a costar caro.

Y Eddie, sin poder oponerse a los deseos de la emperatriz, tuvo que entrar en la alcoba donde Agripina estaba echada en el lecho.

A Eddie también le habían cambiado el nombre en palacio. Ya no se llamaba Eddie, sino Oedipus. La emperatriz coquetamente al verlo entrar lo hizo acercar a su lecho diciéndole:

—Acércate, Oedipus.

—¿Estás enferma?—le preguntó Eddie, sin atreverse a acercarse—. Tengo mucho hipo.

Agripina, siempre en plan seductor, le volvió a decir:

—Ven a mi lado. Dame tus manos.

Eddie sintió que el rubor le turbaba. Sus mejillas echaban fuego y al fin respondió:

—Es que primeramente te tomarás la mano y luego...

Se sentó tímidamente en el lecho de Agripina y ésta al verlo tan lejos de ella le preguntó:

—¿Por qué esa frialdad?

Eddie se miró la forma en qué iba vestido y exclamó:

—Es que tengo frío, con esta ropa.

Agripina, cada vez más insinuante, le dijo:

—Oye, ¿nunca te has enamorado de golpe?

—No—respondió, deteniendo a duras penas el hipo—; pero he sentido otros golpes... Pero ahora asústame, para que se me pase el hipo.

La emperatriz sin importarle nada el hipo de Eddie, le confió su pensamiento diciendo:

—El emperador será envenenado.

Eddie se echó a reír y le dijo:

—Oh, eso no me asusta.

—Es que lo envenenarás tú—volvió a decirle la emperatriz.

—Tampoco así da resultado—respondió Eddie creyendo que todo aquello era una broma.

Y en vista de que Agripina no conseguía asustarle, le dijo:

—Me asustaré yo solo.

En efecto; empezó a hacer muecas con la cara retrocediendo en el aposento, hasta que de pronto sintió que le atacaban por la espalda y exclamó asustado:

—Me han atacado.

Pero se tranquilizó al ver que era una estatua que allí había con un machete en una mano, cuya punta era lo que se había clavado.

Más tranquilo le dijo a la emperatriz.

—¿Ves, ya se acabó el hipo? Me asusté yo mismo.

Mas la emperatriz, sin hacer caso de aquel hipo de Eddie siguió dándole cuenta de todo su plan y le dijo:

—La princesa Silvia comerá con el emperador y tú podrás salvarla envenenando al emperador.

Eddie se la quedó mirando extrañado de que la emperatriz le hiciera aquella proposición. Poco a poco se había ido dando cuenta de que era verdad cuanto le decía, respecto al en-

venenamiento del emperador y por más que hizo para librarse de aquella misión no pudo evitarlo.

El otro día para dar a Silvia un encargo de Josephus consiguió entrar donde estaban las esclavas del emperador y al verse perseguido, se acostó sobre una especie de camilla que servía para el masaje de las mujeres y la masajista sin darse cuenta la embadurnó la cara con una tierra negra.

Transformado de aquella forma en un negro, Eddie se fué en busca de Silvia y le dijo:

—Josephus me envía para decirte que te ama. Ha sido desterrado a Ostia, pero él espera poderte llevar a su destierro.

En esto llegó uno de los vigilantes y al verlo exclamó:

—¿Quién es usted?

—¿Qué quién soy yo?—preguntó Eddie.

—Ah, ya sé—exclamó el otro—. Usted es el profesor de belleza.

—¡Eso es?—exclamó Eddie viéndose salvado—. Yo soy el profesor de belleza. Voy a dar la clase de cultura física.

Y para ello hizo que las doncellas y sus esclavas evolucionaran por la amplia sala ejecutando algunos números coreográficos.

Al día siguiente, tal y como le había dicho la emperatriz, Valerio invitó a cenar a Silvia y Agripina llamó a Eddie a la cocina, donde el cocinero le dijo mostrándole dos risueños:

—El que tiene perejil está envenenado y es el que debe comer el emperador; el otro Pruébalo tú.

—Está bien—respondió Eddie, que no vio medio de eludir aquel compromiso.

Pero cuando estaba en el comedor real, vió que los dos risueños tenían el perejil. Uno de los criados de la cocina, creyendo que había sido un olvido del cocinero se lo había puesto y el pobre Eddie no sabía cuál de los dos probar. Menos mal que corría por allí Cleopatra, el cocodrilo sagrado y disimuladamente le echó el risueño. El animal se lo comió e inmediatamente comenzó a revolcarse preso de los efectos del veneno.

Eddie se vió perdido y sin esperar a más cogió de un tirón a Silvia y salió con ella a donde lo esperaba Josephus. Allí había dos cuádrigas, en una subió Silvia y Josephus, mientras que en la otra subía también Eddie.

En su huida había tropezado en palacio con varios patricios que habían obligado a Valerio a firmar un documento comprometedor para aumentar las contribuciones y con él escondido en el pecho pretendió huir.

Pero lo difícil del caso es que no sabía mantenerse en pie en la cuádriga y uno de los criados de Josephus le clavó la punta de los zapatos que llevaba en las tablas de su cuádriga.

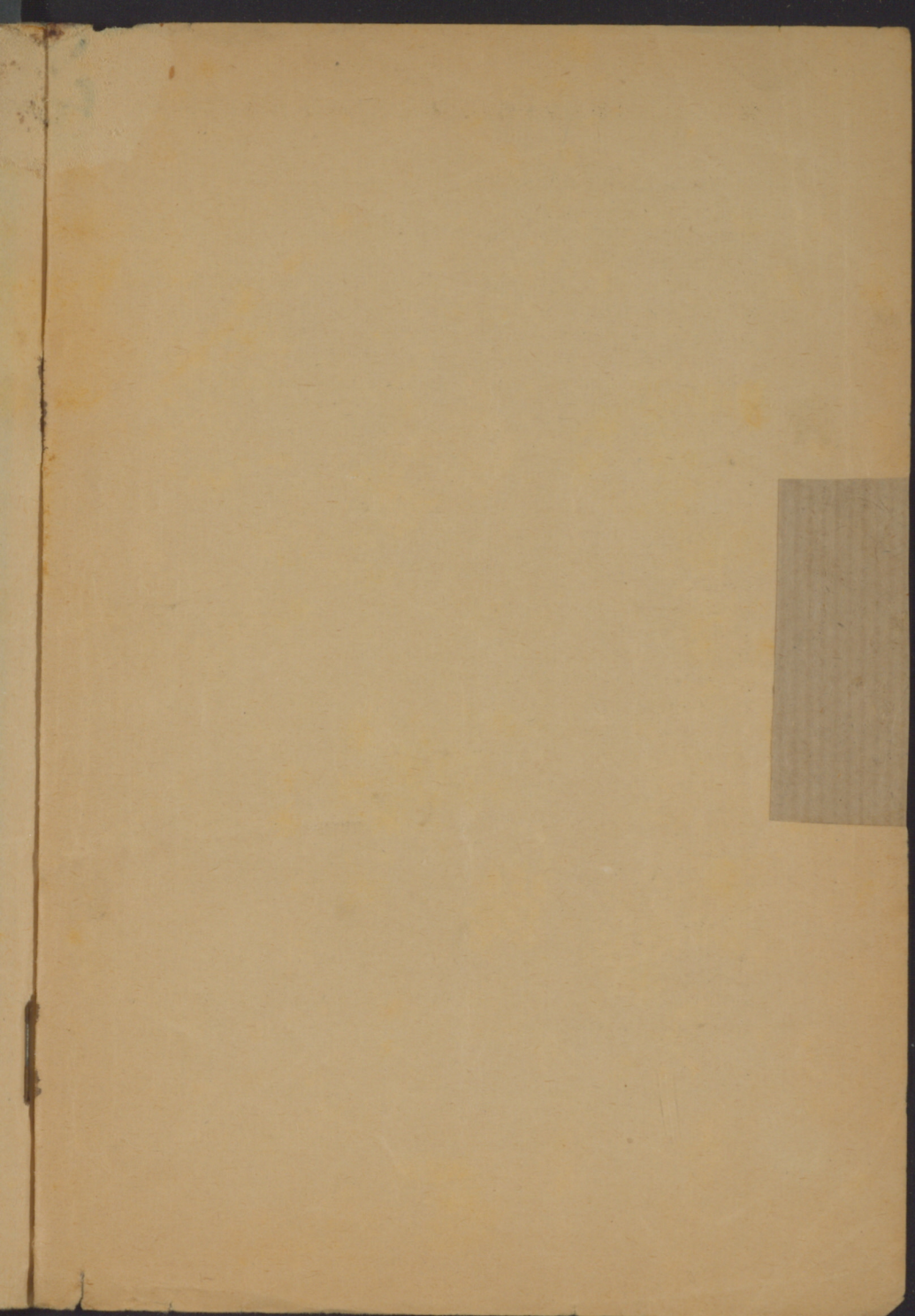
No tardaron mucho tiempo en verse perseguidos por los soldados de Valerio, y todas las cuádrigas emprendieron una veloz carrera y lo más accidentadas que puede imaginarse. En aquella huida, la cuádriga de Eddie tiró un carro que venía cargado de jaulas de aves y un pato se le colocó detrás de él dándole picotazos en las piernas; por otra parte, las plumas que levantaba el viento le caían en la cara impidiéndole la forma de guiar los caballos y así siguió durante más de una hora, hasta que un encontronazo con las cuádrigas que lo perseguían deshicieron la suya. Afortunadamente como iba clavado, quedó sujeto a las dos maderas y siguió en aquellos improvisados patinetes tirados por los caballos. Mas el final fué trágico, porque cayó por un barranco y al recibir aquel golpe se despertó sobresaltado y se encontró junto a un hombre. Era el inspector de policía.

Entonces fué cuando se dió cuenta de que todo había sido un sueño, mas no obstante, se llevó la mano al pecho para ver si tenía allí el documento que había cogido en el palacio de Valerio y lo que se encontró fué el sobre. Lo abrió y en el cheque vió que era el soborno del alcalde y se lo entregó diciéndole:

—Este documento demuestra que Cooper debe ir a la cárcel. Mire cómo sobornaba a las autoridades.

Aquella delación fué comprobada y Cooper fué condenado a varios años de cárcel, mientras que Eddie, erigido en ídolo de la Nueva Roma, se paseaba orgulloso entre todos aquellos infelices a quienes Warre Cooper intentó arrojar de sus viviendas y dejarlos en plena calle.

FIN



¡OIGAN! ¡OIGAN!



Todos los niños
buenos leerán los

4 Almanagues Infantiles 1935

Dedicados a los más grandes artistas de la pantalla

MICKEY MOUSE

LOS TRES CERDITOS

Creaciones del genial caricaturista
WALT DISNEY

B I M B O

BETTY BOOP

Creaciones del celeberrimo caricaturista
MAX FLEISCHER

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.